



RESEÑA DE LYCOFRÓN. DIARIO DE CLASE.

(Círculo Rojo, 2021),

Ion Arrieta Valero

Filosofía Saila

ETICOP-IT. Ethics In Communities of Practice - Ikerketa Taldea
Universidad del País Vasco / Euskal Herriko Unibertsitatea
(UPV/EHU)

En mayo de 2019 tuve la oportunidad de charlar un rato con Francisco J. Fernández. Fue con ocasión del "XLII Open Internacional Ciudad de San Sebastián" de ajedrez, en el que los dos participábamos. Intercambiamos unas palabras sobre el torneo y nuestro papel en él (si no recuerdo mal, nos encontrábamos ya en las últimas rondas, y era ya muy improbable que nos enfrentáramos, al ser él un jugador más fuerte y experimentado que yo e ir muy distanciados en la clasificación). Pero mi intención al acercarme a él no era tanto hablar de cómo discurría el torneo. Años antes había asistido a la presentación, en la facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación (actualmente Educación, Filosofía y Antropología), también en San Sebastián, de su libro *El ajedrez de la filosofía* (Plaza y Valdés, 2010). Quería comentarle lo mucho que me había gustado.

Desde que leí su *El ajedrez de la filosofía*, he estado más o menos atento a su trayectoria. Fernández lleva más de 20 años dando clases, en diferentes niveles y de asignaturas diferentes. Su nuevo libro, *Lycofrón. Diario de clase* (Círculo Rojo, 2021), es, como el propio Fernández señala en una nota preliminar, "algo así como un producto destilado de esos años y esas



clases". Un diario de clase es un instrumento que utilizan muchos profesores de distintos niveles educativos con el objeto de registrar sus impresiones sobre lo que ocurre en sus aulas. Un diario de clase puede ser también un recurso pedagógico que utilizan algunos profesores como tarea para sus alumnos. Les sirve también como criterio de evaluación. En el primer caso es el profesor el que anota lo que ocurre en el aula. En el segundo caso, el que coge el bolígrafo o teclea es el alumno. Ambas modalidades tienen como resultado un mayor autoconocimiento del profesor, una profundización y cuestionamiento de sus hábitos, prácticas y modos de enseñanza. Pues bien, la peculiaridad —y la complejidad— de *Lycófrón. Diario de clase* es que es ambas cosas a la vez. Por eso yo diría que el libro va más allá del diario de clase, acercándose a una autobiografía o a unas memorias, incluso a unas confesiones.

El diario consta de tres partes. Y se estructura tanto narrativa como temporalmente de una manera un tanto compleja. A lo largo de sus páginas, el —muchas veces desconcertado— alumno *Clitofonte* (no desvelaré el porqué de este nombre, ni tampoco el de *Lycófrón*, que da título al diario) intenta recoger la gran variedad de cuestiones que plantea su peculiar y querido profesor de filosofía durante el curso: el comportamiento de ciertos verbos, del verbo ser, del verbo haber, del verbo existir, del verbo estar; las dificultades que tiene el filósofo, ese gran charlatán, para diferenciarse del sofista; las tablas de verdad y las reducciones al absurdo; algo de Leibniz, Wittgenstein, Heidegger, Weber; la eternidad del concepto y de la filosofía; el sexo de los ángeles; la aristotélica *ousía* primera y otras "palabras raras", como *procrastinación* o *anagnórisis* ("otra de sus preferidas", p. 118). En definitiva, una suerte de "ontología para bachiller", que nada tiene que ver con las cuestiones que



ocupan las clases de la inmensa mayoría de profesores de filosofía de bachiller: “los derechos de los animales, la legitimidad de la eutanasia, cambio climático, perspectivas de género, responsabilidades medioambientales de la sociedad y de los Estados, perfectibilidad de la democracia, lactancia materna (*sic!*) o el impacto de las nuevas tecnologías en nuestro mundo globalizado” (p. 25). Si algo define tanto a Fernández como a sus libros es que **no hacen divulgación y no son demasiado amigos de las actualidades**. Principios que también adopta el maestro en *Lycófrón. Diario de clase*, pese a dirigirse a una audiencia bachiller. A pesar de que la escritura es cuidada, clara y sencilla, y de que no se profundiza demasiado en ellas, uno se pregunta si las dudas y reflexiones ontológicas que plantea el profesor están al alcance de muchos bachilleres.

Decía que el diario consta de tres partes. Las dos primeras recogen el devenir del curso desde enero hasta junio. Yo personalmente he disfrutado más leyendo la primera parte. La segunda, en general dedicada a cuestiones ético-políticas, a mi juicio decae un poco. Pero el libro se recompone en la tercera parte, una suerte de *post scriptum* sugerido por el profesor a Clitofonte para que haga “ver las referencias académicas, bibliográficas, que se encuentran detrás de estas reflexiones que voy contándoos” (p. 48). Para el alumno, es la parte final del proceso de aprendizaje que ha llevado a cabo con la redacción del diario. Al profesor le ayuda a ordenar sus conocimientos y a justificar las referencias. Y para nosotros, *lectores furtivos* de este diario de clase personal, se trata de una bibliografía comentada, que alumbra ciertas cuestiones que habían quedado confusas o desatendidas. Esta tercera parte se lee con agrado y supone el cierre perfecto del curso y del diario.



“La relación Maestro-Discípulo es siempre complicada, y en todos los ámbitos” (p. 92), le confiesa el profesor a Clitofonte. Creo que en la indagación sobre esta relación está lo mejor del libro. Especialmente logrados me parecen los extractos en los que el profesor comenta y evalúa el diario que el alumno está redactando. El profesor muchas veces piensa “en voz alta” (p. 48), y uno no sabe muy bien quién es en verdad el destinatario de esas valoraciones y recomendaciones, quién es en realidad Clitofonte, si el alumno, el profesor, o todos nosotros. Aunque en ciertos momentos Fernández ofrece una visión un tanto idealizada de la relación maestro-discípulo, creo en todo caso que la práctica del diario de clase como recurso de enseñanza-aprendizaje es muy estimulante. También puede ser contemplado el diario de clase como un criterio de evaluación más adecuado que los tradicionales exámenes acrílicos y repetitivos. Además, como nos dice nuestro profesor, los exámenes, tras el pertinente tiempo de espera establecido por ley, se suelen arrojar al contenedor azul. Los diarios se conservan de por vida. Y seguro que Clitofonte tendrá el suyo a buen recaudo.